



Capítulo 331 - El estallido de Yu Xiang

Xiang dejó que el momento se prolongara, saboreándolo. Luego, lentamente, deliberadamente, levantó el pie y lo deslizó por el cuerpo de Julia con un gesto tan provocativo que hizo que a Sabrina le temblaran violentamente los párpados.

—Qué chica más lista —ronroneó Xiang.

Se dio la vuelta y caminó hacia Tianlong, contoneando las caderas con cada paso como si estuviera en una maldita pasarela. A mitad de camino, su cuerpo se disolvió en esas malditas mariposas, reformándose directamente frente a él, con la espalda pegada a su pecho.

Su trasero rozó su entrepierna cuando se materializó. Deliberadamente. Descaradamente.

—¿Estuve bien, cariño? —preguntó, inclinando la cabeza hacia atrás con sus ojos violetas entrecerrados—. ¿Te puse duro? Quiero decir, ¿te hice sentir «orgullosos»?

La mano libre de Tianlong rodeó la delgada cintura de Xiang, atrayéndola más hacia él. —Sabes perfectamente lo que has hecho.

El ojo de Sabrina se contrajo con más fuerza.

Entonces, la mano de Tianlong se deslizó bajo la bata de Xiang. Xiang gimió, lo suficientemente alto como para que todos lo oyeran, y sus ojos violetas se





nublaron mientras los dedos de él trabajaban entre sus piernas. Los sonidos húmedos eran inconfundibles.

Las orejas de Sabrina se crisparon involuntariamente. Podía oír «todo». Cada deslizamiento de sus dedos. Cada jadeo sin aliento de Xiang.

Cuando sacó la mano, sus dedos brillaban. Lo dijo con tanta naturalidad, como si estuviera comentando el tiempo. «Estás mojada».

Xiang le agarró la muñeca con ambas manos y se llevó sus dedos empapados a los labios. Ella los chupó, pasando la lengua por cada dedo mientras echaba ligeramente la cabeza hacia atrás. Cuando se separó con un «pop» húmedo, ronroneó: «¿Puedes secarme sacándome toda el agua a golpes?».

Sabrina abrió ligeramente la boca. Sorpresa. Pura y simple sorpresa.

Julia, todavía tumbada en el cráter, la miraba con los ojos muy abiertos y la cara enrojecida.



Akane y Sylvea no perdieron el tiempo. Se acercaron más, besando el cuello de Tianlong por ambos lados, frotando sus cuerpos contra él como gatas en celo. Las colas de Akane se enroscaron posesivamente alrededor de su cintura. Los gruesos muslos de Sylvea se apretaron mientras ella gemía contra su hombro.

Tianlong inclinó ligeramente la cabeza, disfrutando claramente. Sus tres esposas estaban «desesperadas» por él.

Entonces sus ojos se desplazaron. Se fijaron en Sabrina.



Esa sonrisa burlona se amplió.

—Voy al Palacio del Placer —dijo, con voz suave y exasperantemente tranquila—. Puedes acompañarme.

El rostro de Sabrina se retorció. La rabia explotó en ella. —¿Cómo te atreves...?

Pero antes de que pudiera terminar, Tianlong y las tres mujeres desaparecieron en un destello de luz.

Se habían ido.

La arena quedó en silencio.

Todo lo que quedaba era una puerta brillante, flotando en el aire donde habían estado.

Sabrina la miró fijamente, con los puños temblando a los lados y la boca retorciéndose violentamente.

Julia gimió desde el cráter, finalmente sentándose y agarrándose las costillas.

Ninguna de las dos dijo una palabra.

—Urgh...





Julia gimió, logrando finalmente rodar sobre su costado. Cada respiración le provocaba punzadas agudas en las costillas, que estaban fisuradas, tal vez rotas.

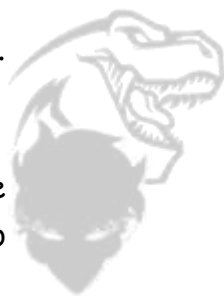
Su orgullo le dolía más que su cuerpo. Se impulsó con los brazos temblorosos, con el rostro enrojecido por la humillación y la rabia.

Se puso de pie tambaleándose, apretando los dientes contra el dolor. Su instinto de tigresa le gritaba que lamiera sus heridas en algún lugar privado, pero que le den.

No iba a arrastrarse como un perro apaleado.

Julia cojeó hacia el borde del cráter, con una mano agarrándose las costillas.

Sus ojos se fijaron en Sabrina, que permanecía inmóvil, mirando fijamente esa maldita puerta con los puños tan apretados que se le habían puesto blancos los nudillos.



Sabrina tenía la mandíbula apretada y la boca temblando, como si estuviera luchando contra el impulso de gritar. O vomitar. Quizás ambas cosas.

Julia finalmente llegó al terreno llano y se sentó en uno de los bancos de piedra que bordeaban la arena. Se dejó caer con fuerza, haciendo una mueca de dolor cuando su espalda magullada golpeó la superficie.

«¿Dónde se ha metido esa zorra?», murmuró Julia, mirando a Sabrina.



Sabrina se frotó la frente con una mano, con los ojos aún cerrados. Exhaló lentamente, demasiado lentamente, como si se estuviera obligando a no explotar, y se volvió hacia la misma puerta brillante.

—Para librar otra batalla en la cama —dijo Sabrina con tono seco.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Frías. Amargas.

Julia parpadeó. Entonces lo entendió. Su rostro se retorció al darse cuenta. «Oh. "Oh". Ese tipo de batalla».

La boca de Sabrina se crispó aún más.

Julia observó cómo Sabrina comenzaba a caminar hacia la puerta. Pasos lentos. Medidos. Como si estuviera tratando de decidir algo.

«¿Tú también vas a unirme a ellos?», gritó Julia, con un tono de incredulidad en la voz.

Sabrina se detuvo a mitad de camino.

Levantó la mano y la agitó con desdén, con un movimiento brusco que cortó el aire.

El movimiento fue tan rápido que Julia apenas lo percibió. ¿Pero la ráfaga de viento que le siguió? Eso sí lo sintió.

«¡KHWAKK—!».





La golpeó como una pared invisible. La fuerza la levantó del banco y la lanzó hacia atrás.

Su cuerpo golpeó con fuerza el suelo de piedra y se deslizó varios metros antes de detenerse. Su cabeza se estrelló contra el suelo y el dolor explotó detrás de sus ojos.

Julia gimió, con la vista borrosa.

Los colores se desvanecieron de su vista, el mundo se volvió gris mientras su mente luchaba por procesar qué demonios acababa de pasar.

«Joder... estas zorras...».

Apenas había formado el pensamiento cuando la oscuridad se apoderó de los bordes de su visión.

Su cuerpo se quedó flácido, la conciencia se le escapaba.

La mano de Sabrina temblaba mientras se acercaba a la puerta brillante. El aire a su alrededor zumbaba con un qi maldito que le erizaba la piel; sus pezones se endurecieron contra su túnica de combate como brotes traidores, respondiendo a la atmósfera cargada.

Podía oír el lejano y sofocado susurro de su propia respiración, superficial y apenas audible en el silencio que precedía al umbral.

El cuerpo inerte de Julia yacía tendido detrás de ella, olvidado en la tierra. Sabrina no miró atrás.





La rabia hervía en sus venas, caliente y pegajosa como la sangre, pero debajo de ella bullía algo más agudo: ¿curiosidad? No, repugnancia. Sus muslos se apretaron involuntariamente, y un calor resbaladizo se acumuló donde no debía.

Otro pulso de sonido amortiguado la rodeó; era como un suave ruido estático en sus oídos, como si el aire mismo contuviera la respiración.

Empujó la puerta para abrirla.

Una neblina de cortinas de terciopelo la recibió, cayendo desde el techo en una profusión de escarlata, pesada y roja, amortiguando el mundo exterior.

La tela absorbía incluso los pasos más leves, cada uno de los cuales aterrizaba con un golpe sordo.

Toda la habitación parecía cerrada, el aire espeso, como si el sonido mismo estuviera envuelto en un sudario.

La nariz de tigre de Sabrina se crispó, asaltada por el olor: piel resbaladiza por el sudor, jugos vaginales frescos, el fuerte olor de la excitación flotando en el aire.

Los olores parecían amortiguar su propia respiración, haciéndola sentir aún más encerrada, como envuelta en un capullo suave y sofocante.

Su propia raja se apretó traicioneramente; la humedad se acumulaba a lo largo de sus pliegues mientras el aire cargado de feromonas invadía sus fosas nasales.





iPhack! iPhack phackk!

Una percusión suave y húmeda, el ritmo de la carne contra la carne, puntuado por los gemidos bajos y ahogados que se filtraban a través de las cortinas:

«Ungh... Aahngh... Hhng...».

Cada sonido entrecortado sonaba denso, a medio formar, como si alguien estuviera presionando una almohada sobre su boca.

Resonaba más profundamente, el timbre gutural se hacía más fuerte, atrayendo a Sabrina hacia adelante. Cada gemido agudo hacía que su coño se apretara con más fuerza, las contracciones exprimiendo más jugo que empapaba completamente sus bragas, goteando por el interior de sus muslos en un fino hilo, enfriándose rápidamente sobre su piel.

Sus botas se hundían en la lujosa alfombra. Cada paso era absorbido por la suavidad que había debajo de ella, cada movimiento amortiguado y silencioso, excepto por el vago susurro de la tela contra la tela.

Se sintió atraída hacia el centro de todo, donde los sonidos se hacían más fuertes: gruñidos bajos y guturales mezclados con el chapoteo de carne gruesa que se hundía profundamente.

La húmeda fricción era tan obscena que hizo que su propio coño palpitara al ritmo, con las paredes vibrando como si una polla fantasma la estuviera abriendo.

Empujó la última cortina.





Allí estaba: una cama king size extendida como un campo de batalla, sábanas de seda arrugadas y manchadas de semen seco, las manchas reflejando la luz de la linterna y formando una topografía de depravación.

Sus pezones se endurecieron hasta que aparecieron manchas húmedas en su bata.

Tianlong yacía desnudo en el centro.

Su musculoso cuerpo brillaba con aceite, que le corría por los abdominales, siguiendo los surcos antes de acumularse en la ingle, donde su polla se erguía hacia arriba.

Las venas estaban hinchadas, pulsando tan visiblemente que proyectaban sombras vacilantes en la luz parpadeante.

Su pene, grueso como su muñeca y veteado como raíces retorcidas, se clavaba hacia arriba en el coño codicioso de Akane.

La cabeza del pene se ensanchaba lo suficiente como para estirar su cérvix en una O perfecta, arrastrando sus paredes internas hacia afuera con cada embestida hasta que su carne rosada se aferraba a su miembro, succionándolo con fuerza.

Las nueve colas de Akane se extendían salvajemente por el colchón, azotando con cada impacto.

Sus enormes tetas se sacudían violentamente, golpeando su vientre con tanta fuerza que dejaban marcas rojas.





La fuerza se propagaba a través de la grasa desde el pezón hasta la base, haciendo que la leche saliera a chorros de sus pezones alargados en finos arcos sibilantes, un sonido casi ahogado por otro crescendo de gemidos ahogados.

Sus bolas se aplastaban bajo su culo regordete, agitando con cada rebote.

La piel se tensó, las venas azules se hincharon, cada pulso bombeaba más semen en los sacos hinchados hasta que parecían a punto de estallar.

iPah! iPah! iPAH!

«iAhhngh~! iMmmngh~!! iUwaah~!!!».

Los sonidos eran suaves pero implacables, casi ahogados por el aire pesado, cada golpe y cada grito amortiguados por las cortinas de terciopelo que los rodeaban.



Su cervix besaba la punta de su pene con cada gota, el estrecho anillo se estiraba y luego se contraía, una fricción que le enviaba descargas eléctricas por la columna vertebral, sus ojos se volteaban hacia atrás, sus pupilas se dilataban hasta que solo se veía el blanco, mientras la saliva se escapaba de su boca floja, salpicando con un leve golpeteo sobre las sábanas.

iPah! iPAH! iPah!

«iHnghh~!! iAahh~!!! iSíííí~!».

Los labios de la vagina de Akane se estiraron alrededor de su grosor, con los jugos espumosos en la base.

Cada embestida hacia arriba estiraba sus labios internos hacia afuera, la carne rosada se aferraba hasta que la sangre la dejaba pálida, y luego se volvía carmesí con cada golpe brutal.

«Ahh... joder, marido, imás profundo!».

